

do. Que le embistan, le apaleen y le dejen tendido en el suelo, sin matarlo no obstante; ¡podria creerse que le tengo miedo! Yo me encargo de las consecuencias. Al descargarle los golpes y para que no lo ignore, que le griten: De parte del duque de Vallombreuse.

Aquella comision de carácter tan feroz y brutal, no pareció sorprender mucho al lacayo, quien se retiró asegurando al duque que sus órdenes iban á ser ejecutadas sobre la marcha.

—Me contraria, —dijo Vidaline al duque cuando hubo salido el criado, —que mandeis tratar de tan mala manera á ese cómico, quien, despues de todo, ha mostrado tener un corazon superior á su estado. ¿Quereis que yo bajo un pretexto cualquiera vaya á buscarle querella y le mate? Todas las sangres son rojas cuando se derraman, aunque digan que la de los nobles sea azul. Yo soy de antigua y buena casa, pero no de rango tan elevado como el vuestro, y no siento escrúpulos de delicadeza. Pronunciad una palabra y voy. Ese capitán se me antoja más digno de la espada que del palo.

—Te agradezco, —dijo el duque, —tu ofrecimiento que me prueba la perfecta fidelidad con que miras mis intereses, pero no puedo aceptarlo. Ese bribon ha osado tocarme, y conviene que expie indignamente este crimen. Si es hidalgo, encontrará á quien hablar. Yo respondo siempre cuando se me interroga con una espada.

—Como gustéis, señor duque, —dijo Vidaline estirando sus piernas sobre un taburete, como hombre que no tiene otra cosa que hacer sinó dejar que las cosas sigan su curso. A propósito, ¿sabeis que esa Serafina es encantadora? Le he echado algunos requiebros, y he obtenido ya una cita. Maese Bilot tenia razon.

El duque y su amigo se callaron, y en esta actitud aguardaron la vuelta de los criados.

CAPÍTULO IX.

CINTARAZOS, PALOS Y OTROS LANCES.

El ensayo habia terminado. Los cómicos, retirados en sus cuartos, dejaban el traje de teatro por el de calle.

Sigognac hizo lo mismo, pero previendo un ataque, guardó su tizona de Matamoros, de buena y antigua hoja española; larga como dia su pan, cuya cazoleta de hierro labrado ponía completamente á cubierto la muñeca, y que manejada por un hombre de corazon podia parar golpes y darlos recios, aunque no mortales, pues estaba despuntada segun costumbre de la gente de teatro; pero esto bastaba y sobraba para lechusma á lo cual habia el duque confiado su venganza.

Herodes, robusto compañero de anchas espaldas, se habia provisto del garrote de que se servia para anunciar la subida del felon, y con aquella especie de cachiporra, que manejaba con igual soltura que si hubiese sido una arista de paja, prometase hacer estragos entre las filas de los tenants que atacarían á Sigognac, pues no era su carácter dejar los amigos en el peligro.

... el obediencia... y no lo tengo... Yo me encargo de las consecuencias... De parte...
... no pareció... se retiró... sobre la...
... dijo Vidaine al duque cuando hubo sa...
... a eso...
... un paroxismo...
... CINTARAZOS, PALOS Y OTROS LANCES...
... Yo soy antiguo y buena casa... pero...
... Prorumpió una palabra...
... el duque...
... la perfecta fidelidad... pero...
... Este bribon ha osado tocarme... Si es hidalgo...
... me interroga con una espada...
... Como gustéis, señor duque... dijo Vidaine estirando...
... sus piernas sobre un tabutete... como hombre que no tiene...
... otra cosa que hacer sino dejar que las cosas sigan su curso...
... A propósito, ¿sabéis que esa Serafina es encantadora? Le he...
... echado algunos requiebros, y he obtenido ya una cita...
... Bilot tenía razón...
... El duque y su amigo se callaron... y en esta actitud aguardaron la vuelta de los criados...

... dijo el cómico al Barón... cuando se encuentra...
... dejemos pasar delante las mujeres...
... bajo la custodia de Leandro y de...
... como la luna es un...
... es demasiado viejo...
... El intriguante se quedaba con nosotros...
... como algunos...
... patas arriba...
... pilas...
... puede ir...
... CAPÍTULO IX.

CINTARAZOS, PALOS Y OTROS LANCES.

El ensayo había terminado.
Los cómicos, retirados en sus cuartos, dejaban el traje de teatro por el de calle.
Sigognac hizo lo mismo, pero previendo un ataque, guardó su tizona de Matamoros, de buena y antigua hoja española, larga como día sin pan, cuya cazoleta de hierro labrado ponía completamente á cubierto la muñeca, y que manejada por un hombre de corazón podía parar golpes y darlos recios, aunque no mortales, pues estaba despuntada según costumbre de la gente de teatro; pero esto bastaba y sobraba para la chusma á la cual había el duque confiado su venganza.
Herodes, robusto compañero de anchas espaldas, se había provisto del garrote de que se servía para anunciar la subida del telón, y con aquella especie de cachiporra, que manejaba con igual soltura que si hubiese sido una arista de paja, prometíase hacer estragos entre las filas de los tunantes que atacarían á Sigognac, pues no era su carácter dejar los amigos en el peligro.

—Capitan,—dijo el cómico al Baron, cuando se encontraron en la calle,—dejemos pasar delante las mujeres, cuyos chillidos nos ensordecieran, bajo la custodia de Leandro y de Blazius: el uno es un fátuo, cobarde como la luna; el otro es demasiado viejo, y sus fuerzas harían traición á su valor. El Intrigante se quedará con nosotros, pues echa la zancadilla como ninguno, y en ménos de un minuto os habrá tendido patas arriba, estirados como marranos, uno ó dos de esos pillastres, si es que nos atacan; yo por mi parte y por lo que pueda tronar, pongo mi garrote al servicio de vuestra tizona.

—Gracias, valiente Herodes,—respondió Sigognac,—la oferta no es para despreciada; pero tomemos bien nuestras disposiciones, para que no nos veamos atacados de improviso. Marchemos uno tras otro á cierta distancia, por el centro de la calle, para obligar á esos pillos, que se pegan contra la pared en la sombra, á que se destaquen para llegar hasta nosotros, y así tendremos tiempo de verles venir. Entonces yo tiro de mi espada, vos blandís vuestra cachiporra, y el Intrigante, encogiendo y estirando la corva para dar flexibilidad á sus piernas, se prepara á poner en juego sus habilidades.

Sigognac se puso á la cabeza de la pequeña columna, y avanzó con prudencia por el centro de la callejuela que conducía del juego de pelota á la hostería de las *Armas de Francia*.

La callejuela era oscura, tortuosa, de empedrado desigual, maravillosamente dispuesta para una emboscada.

Los aleros de los tejados, que casi se besaban, hacían más densas todavía las sombras, y favorecían los asesinatos.

Ninguna luz filtraba á través de las adormecidas casas, y la luna estaba aquella noche velada por espesos y negros nubarrones.

Basque, Azolan, Labriche y Merindol, lacayos del joven duque, hacia ya más de media hora que aguardaban el paso del capitan Estruendo, quien no podía dirigirse á su posada por otro camino.

Azolan y Basque se habían agazapado en el corte de una

puerta, á un lado de la calle; Merindol y Labriche, pegados contra la pared, habían tomado posiciones frente por frente de sus compañeros, de manera á hacer converger sus palos sobre Sigognac, como los martillos de los cíclopes sobre el yunque.

El grupo de mujeres conducido por Blazius y Leandro había advertido á aquellos que Estruendo no podía tardar, y afirmaron el pié, empuñaron con segura mano el palo, prestos á cumplir su tarea, confiados en que iban á despacharse á su gusto, pues era costumbre que los poetas, cómicos y gente de la clase llana á quienes los grandes se dignaban hacer apalear, tomasen la cosa por el lado suave y se contentasen con encorvar las espaldas.

Sigognac, cuya vista era penetrante, aunque la noche fuese muy negra hacia ya algunos instantes que había descubierto los cuatro jayanes al acecho. Detúvose nuestro baron, y fingió querer retroceder, artificio que decidió á los matones, que veían escapárseles su presa, á abandonar su emboscada para echarse sobre el capitan.

Azolan se abalanzó el primero, y los demás le siguieron gritando todos:

—¡Firme en él! ¡Al Capitan Estruendo de parte de monseñor el duque!

Sigognac se había enroscado al brazo su capa, que formaba, de esta suerte, una especie de manguito impenetrable, manguito con el cual paró el garrotazo que le asestó Azolan, á quien dió con su tizona tan formidable bote en mitad del pecho, que el miserable cayó en medio del arroyo con la paletilla hundida, patas arriba y yendo su sombrero á rodar entre el barro. Si la punta hubiese sido afilada, el hierro le hubiera irremisiblemente atravesado de parte á parte.

Basque, á pesar del descalabro de su compañero, avanzó con denuedo, pero un furioso cintarazo sobre la cabeza le aplastó la copa del sombrero, y le hizo ver las estrellas en aquella noche oscura como boca de lobo.

La cachiporra de Herodes hizo volar en astillas el palo de Merindol, quien, al verse desarmado, emprendió la fuga, no sin llevar la espalda magullada y acardenalada por la formidable vara, por rápido que hubiese echado á correr.

La hazaña del Intrigante fué que se arrojó sobre Labriche con movimiento tan rápido y tan vivo, que este, medio sofocado, no pudo hacer ningun uso de su garrote; luego, apoyándolo contra su brazo izquierdo y apretándole con el derecho hasta hacerle crujir las vértebras, le echó una zancadilla seca, nerviosa, irresistible como el fiador de un resorte de ballesta, y lo envió rodando sobre el empedrado á diez pasos de distancia. La nuca de Labriche dió tan violentamente contra un canto, que el ejecutor de las venganzas de Vallombreuse quedó desvanecido sobre el campo de batalla, con todas las apariencias de un cadáver.

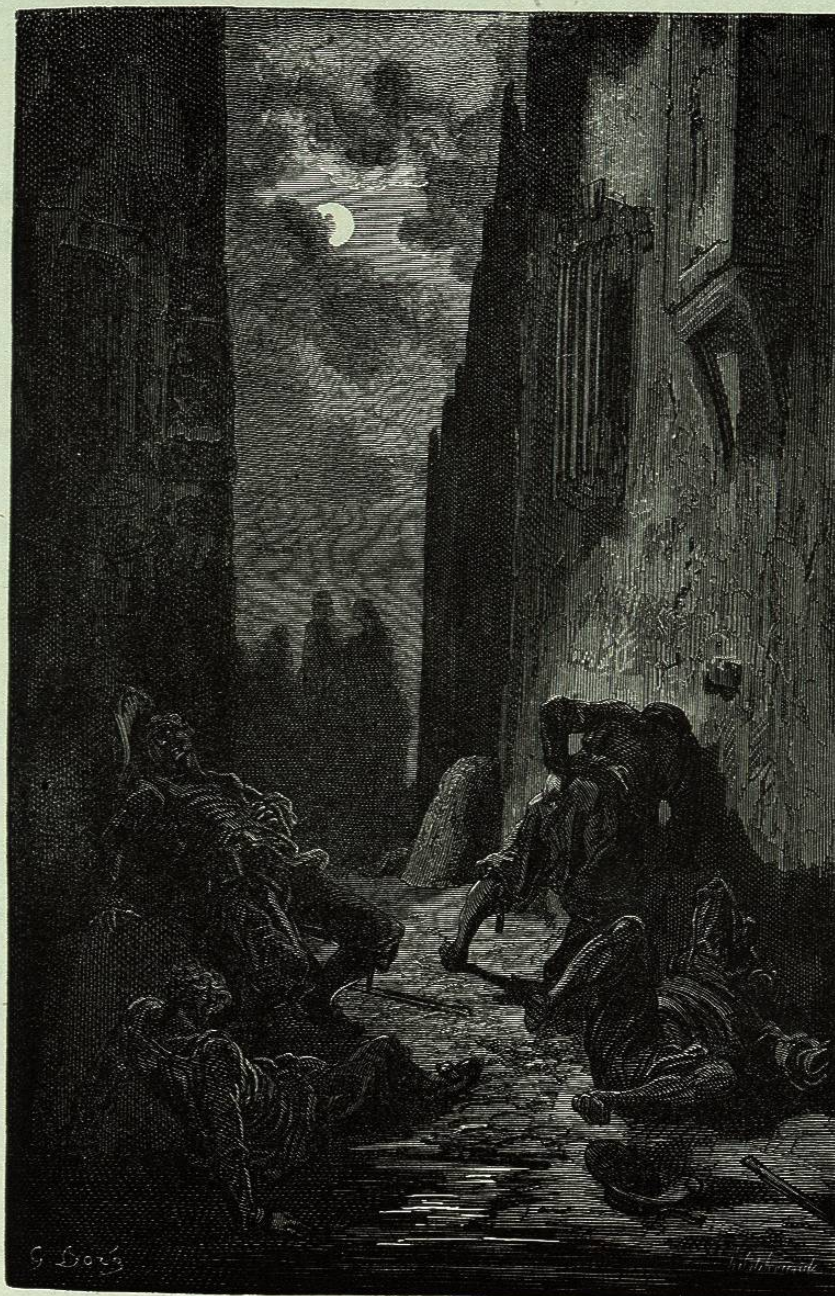
Desde entonces la calle quedó libre, decidiéndose la victoria á favor de los cómicos.

Azolán y Basque, arrastrándose sobre sus manos, hacian esfuerzos por ganar el corte de alguna puerta á fin de recobrar sus sentidos.

Labriche yacia atravesado, cual borracho, en mitad del arroyo, y Merindol, herido ménos gravemente, habia tomado las de villadiego sin duda para que alguno sobreviviese al desastre y pudiese contarlo.

Sin embargo, á medida que se acercaba al palacio Vallombreuse, acortaba el paso, pues iba á encontrarse frente á frente de la cólera del jóven duque, no ménos temible que el garrote de Herodes. A esta idea, copioso sudor inundó su frente, y dejó de experimentar el dolor de su hombro dislocado, cerca del que colgaba un brazo desmadejado como una manga vacía.

Apenas hubo entrado en el palacio cuando el duque, im-



DESDE ENTONCES LA CALLE QUEDÓ LIBRE, DECIDIÉNDOSE LA VICTORIA
Á FAVOR DE LOS CÓMICOS